

No toméis el nombre del feminismo en vano

Oliva Blanco

Feminismo, filosofía y política son tres vectores que determinan la trayectoria vital de Amelia Valcárcel, como queda de manifiesto en los libros que ha publicado hasta el presente. El último de ellos, cuyo título es *Feminismo en el mundo global* supone una lúcida y penetrante reflexión que se despliega a lo largo y ancho de estos campos.

La autora coge el toro por los cuernos al calificar al feminismo como «aquella tradición política de la Modernidad, igualitaria y democrática, que mantiene que ningún individuo de la especie humana debe ser excluido de cualquier bien y de ningún derecho a causa de su sexo». Tras la aparente inocuidad de esta justa y razonable definición, Valcárcel despliega su artillería intelectual para extraer y analizar todas las consecuencias que entraña la misma, así como las falacias y tergiversaciones en las que, con frecuencia, se incurre al abordar el tema que nos ocupa, o lo que es lo mismo: de qué hablamos cuando hablamos de feminismo hoy.

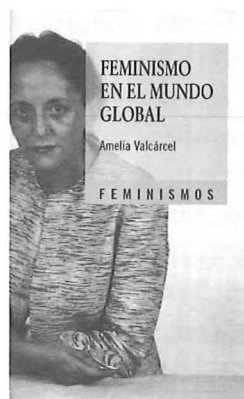
Según sostiene la autora, el feminismo como filosofía política y también como práctica ha tenido tres grandes etapas: feminismo ilustrado, feminismo liberal-sufragista y feminismo contemporáneo.

La primera ola del feminismo nace al calor de la polémica ilustrada, cuyos orígenes se retrotraen, especialmente en el caso que nos ocupa, a un fenómeno mal estudiado y peor analizado, excepción hecha de la interpretación de Benedetta Craveri: el preciosismo, y que tiene como referente la filosofía moral y política del Barroco.

El feminismo, en tanto que «hijo no querido de la Ilustración», tendrá como referentes figuras de la talla de Olimpia de Gouges –autora de la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*– o a Mary Wollstonecraft que en su *Vindicación de los derechos de la mujer* pondrá en solfa los postulados roussonianos sobre educación y ciudadanía en lo que atañe al sexo femenino. Esta primera etapa

contará en su haber –al finalizar la XVIII centuria– con el cambio de paradigma conceptual respecto a la consideración de los sexos. Como señala Valcárcel «el dar el nombre de privilegio a la ancestral jerarquía de los sexos era la radical novedad teórica que el primer feminismo ilustrado ejercía». La idea de igualdad se perfilaba en el horizonte, y sus límites habían sido ya brillantemente analizados por la propia autora con anterioridad en *Del miedo a la igualdad* (Crítica, 1993).

La segunda ola, el feminismo liberal-sufragista, se enfrentará a la misoginia romántica magistralmente estudiada por Amelia Valcárcel en su libro *La política de las mujeres* (Madrid, Cátedra 1997). El sufragismo fue un movimiento de agitación internacional presente en todos los países industrializados que tuvo como bandera el derecho a la educación y al voto, y el libre ejercicio de las profesiones. La convención de Séneca Falls (en Estados Unidos, en 1848) puede considerarse a justo título un «lugar de la memoria» del movimiento feminista. Para la consecución de sus propósitos, las sufragistas no dudaron en utilizar tácticas novedosas (huelgas de hambre, encadenamientos, tirada de panfletos, etc.) que posteriormente serían consideradas fruto del movimiento pacifista y no de la lucha de las mujeres del siglo XIX. La ablación de la memoria histórica –ni lu-



Amelia Valcárcel

Feminismo en el mundo global
Colección Feminismos, Cátedra-
PUJ, Madrid, 2008, 344 pags.

chas ni victorias— como en este caso, es una constante en la historia.

Sin duda algo estaba cambiando y el novelista Samuel Butler se permitirá ironizar sobre el curso de los acontecimientos: «Me declararé partidario del voto de las mujeres cuando no hagan ruido en la sala de lectura del Museo Británico, cuando hayan renunciado a venir con moño, encoquetadas, a las sesiones de las salas de música y cuando haya visto 12 al menos agarrarse a la correa o a la barra de apoyo al entrar en el ómnibus». Sus expectativas se verían colmadas ampliamente.

Los años 70 conocerán la eclosión de la tercera ola del feminismo. El siglo xx había padecido dos grandes guerras que condicionaron la situación de las mujeres. Pocos años después del fin de la Segunda Guerra Mundial Simone de Beauvoir publicará *El segundo sexo* (1949) y al otro lado del Atlántico Betty Friedan llevará a cabo —en *La mística de la feminidad* (1963)— un lúcido análisis de lo que ella misma calificó de «la enfermedad que no tiene nombre», refiriéndose a la vuelta y enclaustramiento en el hogar de las mujeres, forzadas a abandonar los puestos de trabajo que habían ocupado durante la contienda para dejárselos a los varones, bajo el señuelo de convertirlos en expertas directoras-jefas de la unidad familiar. Para los amantes del cine, puede verse en nuestras pantallas *Revolutionary Road*, una excelente aproximación al tema y a la época.

En la agenda de las rebeldes feministas de los 70 figuraban ya reivindicaciones como los derechos sexuales y reproductivos, los anticonceptivos, la despenalización del aborto, el cambio en las relaciones de pareja, el análisis del trabajo doméstico, la pornografía, etc. que podrían plasmarse en dos lemas que hicieron fortuna en este momento: «Lo personal es político» y «Derecho al propio cuerpo», los cuales representaban dos cargas de profundidad contra un concepto que gozó de gran pre-

dicamento en la época —el patriarcado— para explicar la secular opresión del sexo femenino en todo tiempo y lugar. El término remite al orden socio-moral y político que perpetúa la jerarquía masculina y ha sido estudiado por Valcárcel en *Sexo y Filosofía. Sobre «Mujer» y «Poder»* (Anthropos, 1991).

La década de los 80 supuso, en nuestro país, una inflexión en el desarrollo del movimiento feminista. Los primeros siglos de alerta pueden rastrearse a través del lenguaje. Algunos términos como «patriarcado» cayeron en desuso, mientras otros como «género» empezaron a ser utilizados profusamente, eliminando de un plumazo los conceptos de sexo, clase y feminismo. Como señala Valcárcel, «género» es un concepto que hunde sus raíces en la antropología, pero no es una categoría analítica, ni moral ni política. De ahí su buena acogida. No molestaba a nadie porque no hacía peligrar nada. Las reivindicaciones feministas, al menos en el terreno de lo teórico, quedaban reducidas en la mayoría de las ocasiones a una cháchara insustancial.

Asimismo nos advierte la autora que si «feminismo» no ha de ser suplantado por «género» tampoco lo ha de ser por «mujeres». Feminismo no es mujerismo y la manera de distinguirlos es clara: el reconocimiento de la propia genealogía, relacionada con la puesta en práctica de la idea de igualdad.

Por otra parte, resulta muy significativo el hecho de que en estos años las tasas educativas entre varones y mujeres se equilibraran, pero las mujeres se encontraron pronto con lo que se ha denominado el «techo de cristal»: es decir que las mujeres presentes en cualquier escala jerárquica tendían a ocupar sistemática y masivamente los tramos inferiores; disminuían en los tramos medios, y desaparecían prácticamente en los superiores. En la Administración pública, las empresas, los medios de comunicación, la jerarquía religiosa, el poder eco-

nómico la creatividad y el saber las mujeres están ausentes. Las «élites discriminadas» en feliz expresión de M^a Antonia García de León eran y son una realidad social.

La explicación del fenómeno dada por la autora del libro es que las mujeres son meras invitadas al mundo del saber y del poder; no están autorizadas para ejercerlos plenamente y tampoco participan en sentido estricto de sus rituales. Para decirlo rápidamente: se les ha concedido el estar, pero no el ser.

En el ámbito de la educación, de los cuatro escalones de la sabiduría que distingue Valcárcel: un primer escalón de «competentes», un segundo de «eruditos», un tercero de «sabios» y un cuarto de «genios», se las ha autorizado a permanecer varadas en el segundo peldaño, formando parte de la clase de tropa, de las eficientes y discretas, tras haber mostrado y demostrado que no piensan conceder nada gratis a sus congéneres.

El panorama político no se presenta mucho más alentador. Si la política de cuotas, la paridad gubernamental o la ley sobre la mal llamada «violencia de género» intentan restablecer la equidad y la justicia, lo cierto es que las cuotas han manifestado en ocasiones su lado más perverso; debemos hablar del cortocircuito de la paridad, pues ésta se detiene en el segundo nivel; y la violencia, al responder a causas profundas, unas tradicionales y otras de nuevo cuño, es muy difícil de erradicar. Suzanne Blaise dirá en este sentido que «las mujeres alcanzan el poder en dosis homeopáticas» y, lo que es peor –añade Valcárcel– con frecuencia por vía familiar o por medio del tálamo, lo que las hace más seguras para el poder masculino, pero no más idóneas en cuanto a competencia se refiere.

Las mujeres seguimos sometidas a lo que Valcárcel denomina «la ley del agrado» al negársenos el reconocimiento público que supone autoridad, prestigio y respeto y que conlleva honores y medallas.

Pero no por el hecho de ser mujeres hay que «ni dar más, ni quitar lo justo».

Los últimos capítulos de la obra están dedicados a los retos de la globalización. A Celia Amorós se debe la muy pertinente distinción entre multiculturalidad y multiculturalismo, que es plenamente compartida por Valcárcel. Si el primer término alude a que pertenecemos a ámbitos sociales, normativos e imaginarios diferentes, lo que está fuera de toda duda, el segundo es una toma de postura sobre este hecho que exige un manejo prudente de la virtud de la tolerancia, porque ésta no puede situarse por encima de la justicia, mal que le pese a Rawls, como señala la autora.

Feminismo en un mundo global como acertadamente señala la filósofa Ana de Miguel transmite a través de sus páginas la pérdida de la inocencia de su autora, al haber visto más de lo que hubiera querido al encontrarse cerca del poder, lo que le hace ser más «descreída» aunque no pierde la esperanza en un mundo mejor y señala atinadamente los logros conseguidos.

Es indudable que las demandas de las mujeres han sido minimizadas y descalificadas a lo largo de los siglos. Pero si, como señala Marc Bloch, «el presente hace y formula la preguntas del pasado y el pasado aclara la peculiaridad del presente», debemos aspirar a que nuestros logros se establezcan y avancen para no tener que lamentarnos a la manera de Lampedusa de que estamos mejor que nunca, pero igual que siempre.